

La vejez en Italia, siglos XVIII-XXI. Tradición y modernidad¹

MARCANTONIO CALTABIANO

Universidad de Padua

RESUMEN

Antes de la transición demográfica los viejos eran muy poco numerosos en Italia y su condición estaba en relación con su sexo, clase social y región en la que vivían. El bienestar de los ancianos ha estado relacionado en gran medida con la familia y menos frecuentemente con el Estado o las instituciones públicas y privadas. La transición demográfica cambió esta situación: Italia es hoy el país con la estructura de edades más envejecida de Europa. Este hecho, junto a otros factores, entre los que se encuentran una mejora generalizada de las condiciones de salud y la introducción del sistema de pensiones, ha contribuido a modificar significativamente la condición de la vejez. En los próximos cincuenta años la sociedad italiana deberá de adaptar sus estructuras e incrementar los cuidados y atenciones a los ancianos, encaminándose a transformar en un recurso lo que será un componente destacado de su población.

Palabras clave: Italia. Transición demográfica. Familia. Vejez. Salud.

ABSTRACT

Before demographic transition, elderly in Italy were few and their condition related to sex, social class and the region where they lived. The wellbeing of the elderly in large part fell directly to the family, and less frequently to the State or guilds. The demographic transition upturned this situation: Italy today is the European country with the oldest age structure. This, with several other elements, among them the generalized health condition improvement and the introduction of the pension system, significantly changed the condition of elderly. In the next fifty years the Italian society has to adapt its structures to an increasing share of aged people, aiming to transform in a resource what will be a prominent component of its population.

Keywords: Italy. Demographic transition. Family. Old age. Health

¹ Desearía agradecer a Lorenzo Del Panta y Gianpiero Dalla Zuanna sus preciosas indicaciones bibliográficas y los materiales de investigación que me proporcionaron para la elaboración de este trabajo.

A finales de los años cincuenta, Italia era uno de los países con menos ancianos de Europa. Con un exceso de población joven que era el origen, junto a otros muchos factores, de fuertes flujos migratorios hacia el exterior, es hoy uno de los países más envejecidos del mundo. Este hecho es fruto de un largo proceso de transición iniciado en el siglo XIX, el cual en estos momentos está causando, no solo radicales modificaciones en la estructura por edades de la población italiana, sino también, y como era previsible, importantes transformaciones en el seno de su sociedad.

Como puso de manifiesto en su día Simone de Beauvoir (1971), es muy difícil llevar a cabo una historia de la vejez. Y así, si en Italia existe una amplia disponibilidad de material para el estudio de la población anciana en los años que van desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, las fuentes y los estudios relativos a los años transcurridos entre la Unidad Italiana (1861) y la década de 1950 son muy inferiores en número, mientras que para la fase que va desde los inicios del siglo XVIII a la segunda mitad del XIX son casi inexistentes. Esto hace que en este ensayo sobre la vejez y el envejecimiento en Italia, nos veamos obligados a atender de una manera muy desigual a los tres períodos señalados. De ahí que en el primer apartado nos limitemos a esbozar un breve panorama de la cuestión, para en los tres siguientes profundizar en la misma, tanto más cuanto más nos aproximemos a la actualidad.

1. EL ANTIGUO RÉGIMEN

La fragmentación política italiana y la escasez de censos disponibles, (o la falta de resultados sobre los datos de los existentes para la época, como los que hay en el Reino de Sicilia), hace difícil aproximarse a la características de la población italiana para el período anterior al remate del siglo XVIII (Del Panta, 1998).

Suele aceptarse que en la Italia del antiguo régimen demográfico, y de manera no muy diferente a como sucedía en el resto de Europa, la presencia de ancianos era rara y una larga vida vista como una gracia particular concedida a este o aquel individuo. Lo común en esta sociedad era pues la abundancia de niños y jóvenes (Golini, 1992).

A comienzos del siglo XVII la pirámide de la población italiana se caracterizaba por tener una amplia base (0-20 años) y un cuerpo de consistencia media (20-60 años), que decrecía luego con cierta regularidad hasta llegar a un punto mucho más reducido donde se situaban quienes excedían la barrera de los 60 años. Los pocos estudios de base disponibles confirman esta impresión a la que acabamos de aludir para los siglos venideros. Por ejemplo, en los inicios del XVIII en Venecia la población se caracterizaba por tener la siguiente estructura de edad: entre 0 y 20 años el 35% del total, entre 20 y 60 el 53% y con más de 60 años el 12% (Beltrami, 1954). En Adria, una pequeña ciudad del mismo estado veneciano, vecina al delta del río Po, la cuota de varones que durante la primera mitad del siglo XVIII sobrepasaban la barrera de los 60 años osciló entre el 5 y

el 6%, experimentado a partir de sus décadas centrales un lento crecimiento que había de situarlos en casi un 8% del total a comienzos del XIX y en un 9.7% en 1901, es más, en el censo de este último año se registra un porcentaje de individuos que superan los 80 años inferior al 1% (Rossi, 1999). En Pavía, una importante ciudad del Ducado de Milán bajo el gobierno español, estas proporciones eran, respectivamente, del 41%, 54% y 5% (Aleati, 1957), mientras que en Bolonia el censo Napoleónico de 1811 registraba los siguientes promedios: 47%, 43% y 10%². Por último en Militello Val di Catania, una comarca agrícola del Reino de Sicilia, la cifra de mayores de 60 años al total de población masculina se movió entre el 4.8% de 1714 y el 6.5% de 1798 (De Santis, 2000). Resultados muy semejantes a estos han sido obtenidos para otras localidades, tanto sicilianas (Ligresti, 2002) como continentales. En la ciudad de Velletri, en los Estados Pontificios, los datos procedentes de una reconstrucción de la población realizada mediante el empleo de la técnica de la *inverse projection* para los años 1700 y 1750 (Bertino e Sonnino, 2004), son similares a los ya expuestos, al igual que los de Camerino, una localidad perteneciente también a los mencionados Estados Pontificios. De hecho, Buccianti e Corsini (1992) estudiando el censo toscano de 1841 encontraron a su vez un 4.3% de mayores de 65 años en San Miniato, comarca rural de la Toscana septentrional, y un 2% de ellos en la región de Maremma, área caracterizada por el arraigo del paludismo y, en consecuencia, por la existencia de una alta mortalidad asociada a la malaria.

Esta estructura por edad a la que nos venimos refiriendo no experimentó cambios sustanciales durante buena parte del siglo XIX, no al menos hasta el inicio de la transición demográfica. Al respecto, la pirámide de edades resultante del censo de 1861 (Gráfico nº 1) nos revela la existencia de una estructura básicamente pretransicional, con bajos porcentajes de ancianos en su seno: los mayores de 60 años eran cerca del 7% y quienes sobrepasaban los 80 menos del 1%³ (Pinnelli e Golini, 1993).

Al examinar las condiciones de vida de los ancianos en la Italia preunitaria, debemos enfrentarnos a muchas lagunas en las fuentes, a la escasez de estudios sobre la familia y, por ende, a los existentes sobre la vejez. Con todo, es posible arrojar una *flebile luce* sobre el tema en esta época, pese a que los primeros resultados sólidos no referidos a áreas geográficas reducidas solo los podamos encontrarlos a finales del XIX (La Mendola, 2004 b).

En Italia, como en otros países de la Europa mediterránea caracterizados por la fortaleza de los lazos familiares y parentales, la responsabilidad del bienestar de los ancianos recaía casi en exclusiva sobre su familia. Por esta vía, la relación con ellos se establecía a través de la coresidencia con su descendencia, su circulación de la casa de un hijo a otro o la proximidad residencial de la de éstos a la de sus padres. Unas fórmulas

2 Datos proporcionados por la generosidad de Lorenzo Del Panta.

3 Recordar que en aquella época, las actuales regiones del Lazio, Veneto, Trentino Alto Adige e Friuli Venezia Giulia, no formaban parte del Reino de Italia, si bien su inclusión no modificaría de manera sustancial el dato que se ofrece.

de atención que de una u otra manera implicaban una transferencia de bienes y servicios del hogar de los hijos al de los progenitores ya viejos (Reher, 2004). Para aquellos que carecían de familia, o bien para aquellos cuya familia no estaba en condiciones de atenderlos convenientemente por la insuficiencia de sus recursos, el sustento les era ofrecido por diversas instituciones, rara vez por la administración estatal, en particular en los Estados Pontificios y el Mezzogiorno, y más frecuentemente por aquellas vinculadas a la Iglesia Católica, la cual lo hacía llegar al interesado a través de las parroquias o de las distintas órdenes religiosas. La confirmación de este hecho, la tenemos en que una parte considerable de las familias que recurrían a la asistencia pública, fuese privada o perteneciente a las instituciones de caridad, estaba constituida por ancianos que vivían solos. Lo demuestra por ejemplo el elenco de personas asistidas en Bolonia durante el siglo XVIII o en Florencia en el XIX (Palazzi, 1992), como también los enfermos y viudas situados en edades no tan jóvenes que pertenecían a la población estable residente en la ciudad. Aunque entre las listas de pobres de las *Universitas* y los ayuntamientos sicilianos, una proporción importante de esos pobres estaba formada por viudas viejas (Benigno, 1992). En esa asistencia a la vejez también fue notable también el papel que desempeñaron las corporaciones *di arti e mestieri*, en particular en la Italia septentrional, y las corporaciones religiosas, sobre todo en el Mezzogiorno. Estas últimas proporcionaban, entre otros servicios, asistencia a los socios y cofrades ya viejos y enfermos, o al menos imposibilitados para valerse por sí mismos, exequias y sepulturas dignas y el sustento económico de las viudas (Di Maggio, 1995). Y a veces era el propio Estado el que delegaba sobre estas corporaciones la gestión de la mencionada asistencia.

La coresidencia de los ancianos con su descendencia u otros parientes difería notablemente entre el norte y el sur de Italia, siendo además un fenómeno que ha estado ligado a la estructura de la familia y al sistema económico imperante en cada ámbito geográfico.

Los estudios llevados a cabo sobre ciertos lugares de la Italia septentrional demuestran que la presencia de estos ancianos en el interior del núcleo familiar era difusa y que la intensidad de esa presencia era muy variable de un área a otra. Por ejemplo, era muy laxa en las ciudades, con la lógica excepción de lo ocurrido en el interior de las familias de la nobleza y la burguesía rica, y en los distritos montañosos de los Alpes y los Apeninos, donde, desde un punto de vista socioeconómico predominaban los pequeños propietarios y los jornaleros, con algunas excepciones, como era en el caso de la comunidad de Ferriere, situada en los Apeninos piacentinos, estudiada por Martini (1997). En cambio en la llanura padana, cuya estructura agrícola, basada en pequeñas explotaciones formadas por una granja con alpendres donde se practicaba una agricultura intensiva, estaba vinculada a un tipo de organización económica conocida como “*sharecropping economy*” (Kertzer e Karweit, 1995), las familias campesinas se vinculaban a los propietarios mediante contratos de *mezzadria* o mixtos de *fitto* y *mezzadria*, lo que hacía que la estructura familiar compleja fuese predominante en la zona. En su seno, conviviendo bajo

un mismo techo, se encontraban parientes corresidentes tales como tíos y tías ya ancianos, tíos y tías abuelos solteros o los abuelos del jefe de familia. De manera semejante a como sucedía en otras regiones europeas, estos hogares extensos eran gobernados por un anciano, a quien en la cultura tradicional se conocía bajo el sobrenombre del “patriarca venerable” (Collomp, 1987).

Una situación semejante aparecerá en la Italia central, caracterizada por una fuerte presencia de familias extensas. Su intensidad era muy alta en la Emilia Romagna, la Toscana y la Umbria, zonas que se hallaban en el corazón de la economía *mezzadrile*⁴. En toda el área geográfica que cubrían, la presencia de viejos en el interior de esas familias estaba en estrecha relación con su riqueza y la propiedad de la tierra: cuanto más acomodadas o elevadas socialmente, tanto más amplio era su patrimonio en bienes raíces propios o lo que arrendaban en régimen de *mezzadria* y, por consiguiente, tanto más probable era que el hogar fuese de tipo complejo al aumentar las posibilidades de acoger en su seno a padres y parientes ancianos (La Mendola, 2004b; Pazzagli, 1997; Soliani e Anello 1992; Sonnino, 1996). En este sentido, las listas de población de Parma de 1756, estudiadas por Soliani e Anello (1992), y el censo del Gran Ducado de Toscana de 1841, explotado por Buccianti e Corsini (1992), nos muestran como al avanzar la edad de los individuos el porcentaje de aquellos que vivían en el interior de las familias múltiples aumentaba, mientras por el contrario se reducía el número de quienes habitaban en familias simples.

En la Italia meridional la familia nuclear predominaba en aquellas zonas del Reino de Nápoles y del Reino de Sicilia caracterizadas por la existencia de una agricultura extensiva basada en el empleo masivo de jornaleros, caso de la Puglia, donde este tipo de familias era el 75-80% de los hogares. En este contexto, las familias complejas constituidas por varias generaciones eran raras, excepto en algunas comarcas de Calabria, Campania y Basilicata, cuya agricultura estaba formada por pequeñas granjas explotadas de manera intensiva (De Lille, 1988) y cuyo número total estaba lejos de ser despreciable (Sonnino, 1996). En este caso eran motivos basados en la solidaridad los que empujaban a estas familias a acoger a los ancianos, y no el mero deseo de acumular por esta vía mano de obra en su interior. Dichos motivos solían ser el fruto de una decisión voluntaria y gracias a ella los viejos eran integrados en el seno en un núcleo familiar que podía asistirlos (Benigno, 1992; Da Molin, 1992). Ahora bien, la posibilidad de que esto fuese o no así dependía de las condiciones económicas que pesaban sobre ese núcleo, ya que en última instancia éstas eran las que le permitirían o no mantener a una persona que no trabajaba. Por esta razón, la presencia de ancianos en los hogares tendió a ser mayor entre los sectores mejor situados de la sociedad, nobles, profesionales y artesanos ricos, que en los más bajos. Por norma general, en el sur de Italia era el primogénito quien, heredando

4 Todavía en la llanura padana había familias de braceros, si bien en una medida decididamente menor que en el Mezzogiorno, y en estas era muy raro encontrar ancianos corresidentes.

la casa familiar, se empeñaba en mantener en ella a los padres ya viejos. En cambio, si los hijos mayores eran los que abandonaban el hogar, entonces era al más pequeño al que competía esa obligación asistencial (Collomp, 1987).

Si para la Italia meridional carecemos de datos relativos respecto a lo sucedido a este nivel en sus distintas áreas regionales, contamos en cambio con la ayuda de distintas investigaciones locales cuyos resultados no son en absoluto discordantes con lo que llevamos afirmado. El estudio de los hogares de Pisignano en los siglos XVII y XVIII, una pequeña localidad de la Puglia cercana a la ciudad de Lecce, nos revela que cuando el cónyuge sobreviviente era uno de los progenitores, o cuando había un pariente anciano solo, era la familia de uno de los hijos o sobrinos la que soportaba el costo de su mantenimiento. En cambio, si ambos padres estaban vivos a veces era necesaria una ayuda más amplia, la cual pasaba por las atenciones dispensadas por dos hogares, encabezados cada uno por un hermano casado, o bien por uno constituido por varios hermanos solteros (Bulgarelli Lukacs, 1997).

La condición de los viejos variaba también en función de su sexo. La titularidad y posesión de bienes materiales entre los varones tendía a favorecer su convivencia con los hijos, al tiempo que el funcionamiento a su favor de una elevada tasa de segundas nupcias les permitía asimismo gozar de la posibilidad de casarse incluso a edades avanzadas. Por otro lado, fuese entre las familias pertenecientes a la nobleza, a las profesiones liberales, a la burguesía rica o a los grupos sociales subalternos, lo normal era que todos ellos se mantuviesen como cabezas de familia hasta bien entrada la vejez o la llegada de la muerte (Collomp, 1987). En el ya mencionado caso de Pisignano, en la Puglia, el porcentaje de jefes de hogar alcanzaba el máximo entre los individuos de 41 a 50 años, mientras que en el tramo de edad que va de los 21 a 30 dichos jefes eran casi una excepción, además de ser en la mayoría de las ocasiones huérfanos o jóvenes expulsados de sus respectivas familias (Bulgarelli Lukacs, 1997; Pazzagli, 1997). Cuando un anciano situado en la jefatura abandonaba la actividad económica o la gestión del patrimonio familiar, solía incluir en su testamento o en las escrituras de donación cláusulas, en ocasiones muy detalladas, que obligaban a sus herederos a mantenerlos de por vida (Collomp, 1987). Esto era lo que ocurría por ejemplo a finales del siglo XVIII entre los comerciantes mejor situados de la comunidad judía de Trieste en el momento en el que procedían a la cesión de la empresa familiar al elegido (Navarra e Gatti, 1997). Ya en épocas más recientes, los viejos pertenecientes a los grupos sociales más elevados, como por ejemplo los grandes comerciantes de Lucca de finales del siglo XIX (Armani, 1997), recurrían a menudo a los ahorros acumulados durante años para de este modo sobrevivir en la vejez (Martin-Fugier, 1988), antes que poner en peligro su patrimonio y su supervivencia en los momentos finales de la vida poniéndose en manos de otros. Era así que tales ancianos mantenían un cierto número de criados y conservaban una residencia autónoma (Pazzagli, 1997).

La condición de las ancianas era diferente tanto en función de su grupo social de pertenencia como de si residían en el campo o la ciudad. Así, por ejemplo, las mujeres

que habitaban en la urbe y pertenecían al artesanado, la burguesía o la aristocracia, tenían una probabilidad muy alta al envejecer de llegar a ser jefas de familia y de conservar una residencia autónoma, de vivir en ella con uno o más domésticos y, a veces, con otros parientes, en particular con sus hijos (Palazzi, 1992). Por el contrario, aquellas que vivían en el campo solían hacerlo de manera dependiente en casa de sus hijos o yernos. Así lo han demostrado los resultados obtenidos por Corsini y Buccianti (1992) tras la explotación del censo del Gran Ducado de Toscana de 1841. La situación de las viejas solteras o viudas de los sectores sociales más humildes o de las pobres era decididamente peor, en particular en la ciudad, ya que al envejecer aumentaba el número de las que vivían solas y no contaban con la ayuda de un pariente que las acogiese, por lo que no era extraño su rápida caída en la miseria y su obligada dependencia para sobrevivir de la asistencia prestada por entidades caritativas privadas o del Estado (Buccianti e Corsini, 1992; Faron e Reggiani 1992; Palazzi, 1992; Soliani e Anello 1992). En los casos extremos, en completa ausencia de parentela, estas viejas, solteras o viudas, eran obligadas a ponerse al servicio de familias acomodadas (Da Molin, 1992; Palazzi, 1992). Con la intención de remediar y evitar este tipo de situaciones, los maridos incluían a veces en sus testamentos cláusulas donde se estipulaban las condiciones precisas en las cuales debía producirse el sustento de la esposa y de otros familiares mayores a su cargo. Por lo general éstas pasaban por la obligación impuesta al hijo que heredaba la casa familiar de prestar una asistencia vitalicia o de convivir con la madre anciana o su vieja tía soltera. En Capizzi, un pequeño pueblo siciliano situado en la vertiente tirrénica de Monti Nebrodi, el análisis del contenido de los testamentos redactados en 1820 por burgueses y artesanos saca a la luz la existencia de una fortísima solidaridad familiar en favor de los miembros de la familia más ancianos, en particular si estaban solos y enfermos (Fazio, 1997). Una situación casi similar, sobre todo en el empleo de disposiciones relativas al sostén de la esposa como jefa de hogar al llegar a la vejez, es la que resulta del estudio de los testamentos de la Liguria oriental en el siglo XVII (Raggio, 1997) y de la Basilicata en el tránsito de los siglos XIX al XX (Sinisi, 1992).

En estas condiciones de marginalidad económica y social que afectaban a las ancianas, lo ocurrido en Sicilia y Cerdeña constituía una excepción parcial a la norma. En la primera de las islas, la acogida de parientes ya viejos, sobre todo por línea femenina, (madres, suegras, tías, abuelas), acababa por otorgar una *tonalità cognatica* a la familia siciliana (Benigno 1992), aunque, como ya se ha señalado, dicha *tonalità* tendía a aparecer con una mayor frecuencia entre los hogares de las gentes pertenecientes a las clases sociales medio-altas. En Cerdeña en cambio, los datos parroquiales y censales correspondientes a las áreas de la montaña donde predominaba el pastoreo, revelan asimismo que entre 1840 y 1931 los lazos familiares por línea femenina tuvieron una importancia enorme. La proximidad residencial de los hijos casados a sus padres ancianos era por lo general difusa, aunque más sólida en el caso de la madre viuda, quien en su caso conservaba una residencia autónoma, al punto de vivir sus hijos casados en apéndices de la casa

paterna o en fracciones de la misma. Algo que ocurría sobre todo entre los grupos de propietarios, cuyo modelo de estructuración familiar se basaba en el *vicinato* (Oppo, 1992). El rol del anciano era fundamental: acaecía a menudo que el centro organizativo y el punto focal de la parentela fuese una mujer vieja y acreditada, (madre, suegra o tía paterna y materna). Frente a la montaña, en las zonas de cultura cerealícola prevalecía en cambio la familia nuclear y, aunque se producía la acogida de viejos, ésta era limitada. En general, la regla era que las familia conyugales daban alojamiento a la suegra del cabeza de casa y solo más raramente a la madres del mismo (Oppo, 1992).

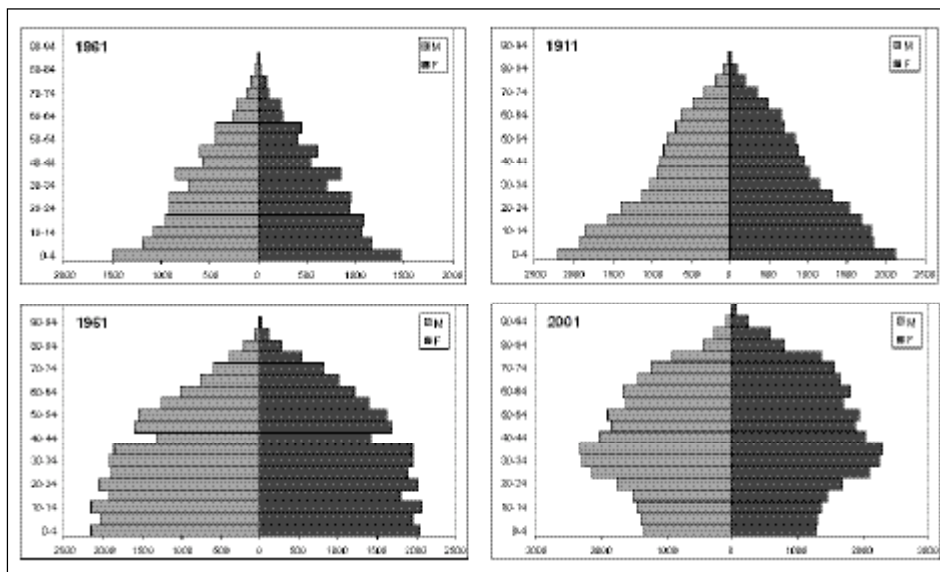
En las familias de la nobleza, la burguesía o de los artesanos ricos de Italia, la coresidencia con los ancianos o con una pariente vieja soltera o viuda sin hijos, significaba la posibilidad de obtener unos ingresos añadidos y seguros tanto para el presente como para el futuro, bien fuese bajo la forma de una dote para las hijas o bien de una herencia para los hijos. En este sentido, el beneficio material era recíproco, porque a cambio el anciano obtenía alimento y asistencia (Carle, 1997). Por el contrario, en los grupos sociales inferiores los viejos solo podían contar con la ayuda de un pariente, un amigo o un vecino de la casa, a cambio de la donación de bienes tales como un inmueble, una pequeña pieza de terreno e incluso pequeños objetos domésticos de cierto valor (Sinisi, 1992). En la estructura asistencial italiana el recurso a los asilos y hospicios no era frecuente y quedaba reservado sobre todo para los más pobres, para aquellos que no contaban ninguna ayuda (cfr. para Francia Martin-Fugier, 1988). Muestra de ello, es que en Pisa los datos del censo de 1841 revelan que solo un 3% de los viejos solteros era internado en instituciones asistenciales de esta naturaleza (Palazzi, 1992). En el Milán del siglo XIX, la ausencia de ingresos o parentela era a menudo sinónimo de ingreso en el *Ospicio Pio Albergo Trivulzio* (Faron e Reggiani, 1992). Ya en el sur, asilarse en una de estas instituciones era más raro y se consideraba como algo poco honorable. Al respecto, el escritor Giovanni Verga, en su celebre novela *I Malavoglia* (1881), ambientada en la Sicilia de la segunda mitad del siglo XIX, al describir las vivencias de una familia de pescadores sicilianos, narra la fuerte resistencia de sus miembros a ingresar a su padre enfermo ya viejo en el hospicio donde luego moriría.

2. EL PROCESO DE ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN ITALIANA

La transición demográfica fue acompañada en toda Europa de una lenta mutación de la estructura de la población (Bois, 1998; Golini, 1997). De un régimen caracterizado por una fuerte natalidad, una alta mortalidad y una baja esperanza de vida, se pasó a otro basado en una baja mortalidad, una baja fecundidad y una alta esperanza de vida. Fue así que a largo plazo cambió la relación entre las distintas clases de edad en todos los países europeos. Un cambio que en lo que nos atañe puede resumirse en un solo concepto: el envejecimiento de la población.

La transición demográfica en Italia se inició con un cierto retraso respecto a otros países de Europa pioneros en el tema, como Francia, Suiza e Inglaterra, pero se desarrolló conforme a unos ritmos temporales muy semejantes a los existentes en el resto de la Europa mediterránea (Gesano, 1995). Sin embargo, en Italia la transición demográfica no puede ser considerada un fenómeno *in toto*, ya que no todas las regiones de la península realizaron este viaje a la misma velocidad. Sus *tempos* en cada una de ellas estuvieron bien diferenciados a causa de múltiples elementos y, en general, dicho fenómeno se difundió, con algunas excepciones, del norte y oeste peninsular al sur y este del país⁵. El envejecimiento de la población ha seguido pues este esquema y se hace necesario entonces tomar en consideración las mencionadas diferencias a nivel regional, ya que después de dicha transición el mencionado envejecimiento no ha hecho más que crecer en vez de disminuir.

Gráfico 1. Pirámide de la población italiana según los censos e 1861, 1911, 1961, 2001.



El envejecimiento de la población italiana puede ser fácilmente apreciado observando la evolución de su pirámide de edad en larga duración (Gráfico 1). La transición demográfica ha ido alargando su cúspide a medida que cohortes poblacionales cada vez más numerosas han ido llegando a la vejez (Tabla 1), bien sea a causa de la reducción

5 Si se pregunta si esta diferente velocidad de la transición es fruto de la especificidad de los regímenes demográficos preexistentes o no, la respuesta es probablemente que sí (Del Panta, 1996). Y, sin duda, la fragmentación de la Península Italiana ha favorecido esta diferencialidad de las evoluciones demográficas durante la fase de transición (Belletini, 1980).

experimentada por la mortalidad en las edades jóvenes o bien por el incremento de la supervivencia en las edades avanzadas⁶. En un segundo momento, la caída de la fecundidad ha contribuido a reducir la base de la pirámide; una caída que ha conocido una brusca aceleración desde finales de los años setenta del siglo XX (Tabla 2). Esto ha hecho que el reciente envejecimiento de la población italiana haya tenido lugar básicamente “por abajo”, a consecuencia del adelgazamiento padecido por las generaciones más jóvenes, y que éste solo en una mínima parte deba algo al aumento de su cúspide.

Tabla 1. Número (en miles) de los individuos con más de 60 años y más de 80 años, 1861-2031.

Año	1861	1911	1961	2001	2031
60+	1.418	3.521	7.026	14.111	20.871
80+	79	239	721	2.476	5.485

FUENTE: 1861-2001: Censos Generales de Población; 2031: Previsiones del la población elaborada por el ISTAT con base 1.1.2005 (sitio en Internet: <http://demo.istat.it>)

Tabla 2. Porcentaje de individuos mayores de 60 y de 80 años al total de la población italiana, 1861-2031.

Año	60+	80+	Año	60+	80+
1861	6.6	0.4	1961	13.9	1.5
1871	8.7	0.7	1971	16.6	1.8
1881	9.0	0.6	1981	17.4	2.2
1901	9.6	0.7	1991	20.6	3.2
1911	10.2	0.7	2001	24.8	4.3
1921	10.5	0.7	2011	27.0	6.1
1931	10.8	0.8	2021	30.1	7.7
1951	12.2	1.0	2031	35.5	9.0

FUENTE: 1861-2001: Censos Generales de Población; 2011-2031: Previsiones del la población elaborada por el ISTAT con base 1.1.2005 (sitio en Internet: <http://demo.istat.it>)

Como ya se ha dicho, el envejecimiento demográfico ha sido más precoz en las regiones del noroeste (Tabla 3), donde la fecundidad comenzó a caer antes del inicio del siglo XX, y solo ha sido moderado en parte gracias a un continuo flujo migratorio procedente primero del Mezzogiorno (Dalla Zuanna et al., 2005), y luego en las comarcas del centro de Italia (Cantalini et al. 1988).

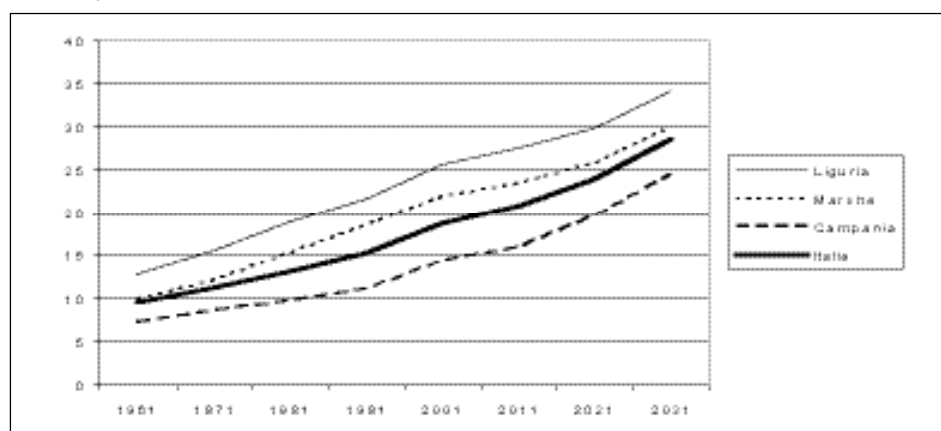
En las regiones del sur la caída de la fecundidad, y hasta el envejecimiento, ha sido más tardío, y el aumento de la esperanza de vida menor, y por consiguiente la intensidad más reducida. Todavía la emigración, sea interna o sea transoceánica, ha contrabalanceado estos dos factores, en especial en las áreas del interior, con la partida de hombres y mujeres jóvenes (Cantalini e Bonaguidi, 1993).

⁶ Por ejemplo, entre las mujeres nacidas en Italia en 1870 el 35% de ellas ha alcanzado los 60 años de edad y el 12% los 80, mientras que entre las mujeres nacidas en 1919 el 62% ha llegado a los 60 y el 27% a los 80 (Golini e Lauricella, 1993).

Tabla 3. Porcentaje de población de 65 años y más en las distintas regiones italianas, 1861-2031.

% 65-∞	1861	1911	1961	1971	1981	1991	2001	2005	2031
Piamonte	3.9	6.8	12.7	13.7	15.6	17.4	21.2	22.2	30.7
Val d'Aosta			9.9	11.6	14	16.1	19.2	19.9	29.7
Lombardia	3.1	5.6	9.3	10.6	12.5	14.5	18.2	19.1	29.5
Trentino Alto Adige	-	-	8.8	10.7	12.9	14.8	17.0	17.4	27.9
Veneto	-	6.6	9.1	10.8	12.	15.3	18.3	18.9	29.9
Friuli Venezia Giulia	-	-	11.5	14.2	17.0	19.4	21.4	22.2	31.6
Liguria	5.3	6.4	12.9	15.5	18.8	21.6	25.6	26.5	34.1
Emilia Romagna	4.2	6.6	10.7	13.0	16.3	19.6	22.4	22.6	30.9
Toscana	5.1	6.8	11.9	14.3	16.8	19.5	22.5	23.0	30.8
Umbria	5.1	7.2	10.1	12.4	15.6	19.4	22.8	23.3	30.0
Marche	5.8	7.6	9.9	12.1	15.3	18.5	21.8	22.4	30.0
Lazio	-	5.4	8.2	9.4	11.6	14.1	18.0	18.8	27.7
Abruzzo	5.4	8.4	9.8	12.3	14.5	16.9	20.5	21.1	28.8
Molise	3.6	8.2	9.7	13	15.6	17.6	21.4	21.7	29.7
Campania	4.5	7.3	7.3	8.7	9.7	11.1	14.3	15.1	24.5
Puglia	3.8	6.0	8.1	9.3	10.5	12.4	15.9	16.9	27.0
Basilicata	5.3	7.4	7.5	10.2	12.5	14.2	18.6	19.6	27.9
Calabria	3.7	6.9	7.9	10.1	11.8	13.3	17.1	18.0	26.7
Sicilia	3.7	5.7	8.9	10.9	12.3	13.8	16.9	17.7	25.0
Sardegna	3.7	5.7	8.7	10.2	11.1	12.5	16.1	17.1	33.9
Italia	4.2	6.5	9.5	11.3	13.2	15.3	18.7	19.5	28.6

FUENTE: 1861-2001: Censos Generales de Población; 2005: Población residente de fuente anagráfica; 2031: Previsiones de la población residente elaborada por el ISTAT con base 1.1.2001 (sitio en Internet: <http://demo.istat.it>)

Gráfico 2. Porcentaje de mayores de 65 años en las regiones de la Liguria, Marche y Campania, y en el conjunto de la Península Italiana, 1961-2031.

Campania es la región con menos ancianos de Italia (14.3%), mientras que Liguria, donde el envejecimiento de base ha sido más intenso, es la que la tiene más (26.5%). Con todo, a lo largo de estos últimos treinta años ha tenido lugar un proceso de difusión territorial del envejecimiento poblacional caracterizado por una reducción de las diferencias existentes entre las distintas áreas regionales y la paulatina incorporación al mismo de aquellas donde el fenómeno apenas era relevante. El crecimiento del porcentaje de ancianos ha sido mayor en el Mezzogiorno, mientras que éste ha sido más contenido y lento en el norte; una tendencia que según las previsiones parece destinada a continuarse en un próximo futuro (Gráfico 2). De hecho, se confía que después de transcurridos veinticinco años a partir de hoy estas diferencias regionales se habrán atenuado, por lo que se espera que en el año 2031 Campania y Liguria tendrán, respectivamente, un 24.5% y un 34.1% de población anciana.

A nivel municipal el envejecimiento poblacional destaca por las fuertes diferencias que salen a la luz: más intenso en las comarcas interiores, de montaña y en las zonas de media montaña alejadas de las principales áreas urbanas o de la costa (Golini et al., 2001). Por el contrario, menos intenso en la llanura, en los enclaves urbanos de dimensiones medias (aquellos que poseen una población situada entre 10.000 y 50.000 habitantes), en las localidades cercanas a las grandes vías de comunicación y en los cinturones periurbanos de las grandes ciudades (Pinnelli, 1993; Ministero del Lavoro, 2002).

Como en el resto de Europa, el envejecimiento de la población italiana se ha visto acompañado además de otro proceso singular: su paulatina feminización. Y es que el aumento de la supervivencia en las edades avanzadas, en especial desde los años cincuenta del siglo XX, ha sido mayor para las mujeres que para los varones (Golini e Lauricella, 1993; Ministero del Lavoro, 2002)⁷. Por tal motivo en Italia, como en otros países de baja mortalidad, predominan las mujeres entre los ancianos, constituyendo el 70% de los individuos que superan la barrera de los 85 años (ISTAT, 2006), si bien conviene advertir que en el Mezzogiorno estas diferencias entre sexos son menos acusadas que las que puedan encontrarse en el norte del país.

3. LA TRANSFORMACIÓN DE LA CONDICIÓN DEL ANCIANO EN LA ITALIA DEL SIGLO XX

En 1861, fecha de la Unidad de Italia, la estructura de la familia vinculada a la vejez que predominaba en casi todas partes era la tradicional: el anciano como corresidente en el seno del hogar o bien situado a la cabeza de uno independiente mantenido por sus

⁷ Para el año 2005 el ISTAT (Istituto Nazionale di Statistica Italiano) estima una esperanza de vida para los hombres de 77.6 años y para las mujeres de 83.2 años. En 1961 la esperanza de vida era respectivamente de 67.2 y 72.3 años (ISTAT, 2004).

allegados. Fue en los cuarenta años siguientes cuando se inició un lento proceso de transformación de estas estructuras familiares, tanto, que todavía en 1921 en el mundo rural de la Emilia Romagna dos de cada tres viudas ancianas vivían con sus respectivos hijos (Kertzer e Karweit, 1995).

La urbanización y la industrialización de la península acompañaron a la transición demográfica, avanzando del norte y oeste hacia el sur y este; luego, siguiendo la misma ruta, vendría la difusión del trabajo femenino y la mutación de las condiciones de vida de los viejos; una mutación evidente tras la decisiva aceleración experimentada en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Este es el punto que señala el fin de la familia con varias generaciones conviviendo en su seno, algo a lo que contribuyó la emigración a la ciudad de los más jóvenes desde las zonas rurales del norte y desde las rurales y urbanas del sur, y su ingreso en el marco del trabajo asalariado (Kertzer e Karweit, 1995; La Mendola, 2004a). Fue durante los años del *boom* económico, 1958-1963, cuando la modernización social y la urbanización se convirtieron en fenómenos imparables, que se dio el salto de la coresidencia del anciano con sus hijos en un hogar, a la proximidad residencial de los de mencionados hijos al de los progenitores (Barbagli et al., 2003). Y es que la respuesta a las necesidades de una persona anciana incapaz de valerse por sí sola, ha sido la de establecer una vecindad relativamente cercana a la suya (La Mendola, 2004a), y una vez que ya no era posible atenderla, como al emigrar los hijos del campo o del sur de la península hacia las ciudades del triángulo industrial formado por el Piamonte, la Liguria y Lombardía, permanecían todavía como fórmula asistencial el envío de dinero a los padres ancianos.

Esta transformación de la que venimos hablando se acentúa a finales de los años setenta (Tabla 4). Por un lado, al residir la mayoría de los mayores de 65 años solos o con sus cónyuges, y por otro, con el crecimiento experimentado por los agregados domésticos encabezados por ancianos al total de hogares, tal y como muestran las encuestas lanzadas periódicamente por el Banco de Italia y el ISTAT (Golini 1992; Ministero del Lavoro, 2002).

Tabla 4. Tipología familiar de la población italiana.

Tipo de familia	1977	1982	1987	1991	1995	2000
Solo con 65 y más años	5.0	6.3	9.6	11.2	12.2	11.8
Pareja de 65 y más años o adulto de más de 65 años con hijo/s	10.7	11.1	9.9	10.3	10.8	12.0
Total de familias de ancianos	15.7	17.4	19.5	21.5	23.0	23.8
Otras familias	84.3	82.6	80.5	78.5	77.0	76.2
Total	100	100	100	100	100	100

FUENTE: Banco de Italia citado en el Ministero del Lavoro (2002).

Una segunda y radical transformación que llegó de la mano de la transición demográfica es la relativa a la alteración de la relación numérica entre ancianos y jóvenes⁸. Como se ha dicho, el viejo en el Antiguo Régimen era algo raro, mientras hoy día los raros en Italia son los niños. Pese a ello, el reciente incremento de la esperanza de vida ha posibilitado la coexistencia de al menos tres generaciones, con nietos que conocen a casi todos sus abuelos, aunque no todos ellos estén vivos en la misma casa (Golini 1992; Ministero del Lavoro, 2005).

Una tercera transformación es aquella que tiene que ver con el nacimiento del sistema de pensiones. En el pasado solo los nobles, los integrantes de las profesiones liberales, los comerciantes ricos y lo más granado del artesanado podían permitirse vivir en la vejez de rentas o de los ahorros de toda una vida de trabajo. El resto de la sociedad dependía de la ayuda de los parientes, de los hijos o de la beneficencia pública o privada. La existencia de un sistema de pensiones ha venido a garantizar la independencia económica de las personas en la vejez, cancelando tales dependencias y cambiando así las tradicionales relaciones que entre sí mantenían las distintas generaciones. Dicho sistema tiene su origen en Italia en 1898, en la fundación de la *Cassa Nazionale di Previdenza per l'Invalidità e la Vecchiaia degli Operai*, a la que seguiría luego en 1933 el *Istituto Nazionale per la Previdenza Sociale*. La *Cassa* estaba abierta a todos los trabajadores, pero su afiliación a la misma tenía un carácter voluntario, mientras que sus fondos estaban integrados por una contribución económica realizada por el Estado y otra libre decidida por el afiliado. En estas condiciones, los inscritos en la *Cassa* eran pocos y sus prestaciones exiguas. Lo revela el hecho de que en 1919 tuviese apenas unos 70.000 miembros y unos 20.000 pensionados. El cambio llegó en 1919, cuando la aseguración por invalidez y vejez se convierte en obligatoria para todos los asalariados, que por aquel entonces eran el 45% de la población con más de 15 años. Esto supuso el ingreso en la institución de 12 millones de trabajadores. Posteriores ordenamientos extendieron la tutela de las pensiones al cónyuge superviviente de inscrito (1939), y después de la Segunda Guerra Mundial a los trabajadores autónomos (1957 a los cultivadores directos, 1963 a los artesanos, 1966 a los comerciantes). En 1969 se introdujo la pensión social mínima destinada a los mayores de 65 años sin ingresos (Cantalini e Righi, 1993; Giori, 1984), por lo que fue a partir de esa fecha que el cambio en la condición social y material del anciano se hizo palpable.

Una última transformación, ligada solo en parte a la precedente, es la relativa a la condición laboral de los ancianos. Desde la Segunda Guerra Mundial hasta hoy se ha producido una drástica reducción de las tasas de actividad de las personas con más de 65

8 En 1861 el índice de vejez (relación porcentual entre P65+ y P0-14) era para Italia semejante a 12 y en 1911 a 19. En 1961 ese índice estaba cercano a 31. El envejecimiento de la población se ha acelerado bruscamente entre los años setenta y el fin del siglo XX, mientras que el *sorpasso* en el número de ancianos sobre el de jóvenes se produjo a partir de 1993. En el año 2001 el índice de vejez había alcanzado el valor de 131 ancianos por cada cien jóvenes.

años. Dicha reducción se debe sobre todo a la disminución del número de ancianos ocupados en la agricultura, que en 1961 eran el 54% de todos los trabajadores mayores de 65 años. Una excepción en este proceso es la constituida por la tasa de actividad de las mujeres de más de 65 años ocupadas en el sector servicios, en particular las criadas, *babysitter*, empleadas de las empresas de limpieza, etc., y que ha permanecido constante en el tiempo, bien sea porque estas mujeres no desean dejar su actividad laboral o bien porque muchas de ellas carecen de los recursos materiales suficientes (pensiones o rentas) para mantenerse si lo hacen (Cantalini e Righi, 1993; Ministero del Lavoro, 2005).

4. EL ANCIANO EN LA ITALIA ACTUAL: UNA MIRADA SOCIOLÓGICA

Sin duda, a día de hoy una de las principales consecuencias de esa serie de transformaciones que ha venido experimentando la condición social, material y poblacional, de la vejez ha sido el cambio operado en sus tipologías familiares de residencia (Tabla 5). Los ancianos “más jóvenes” viven sobre todo con sus cónyuges, y a veces con hijos

Tabla 5. Distribución porcentual de la población anciana por tipología familiar de residencia al fin del año 2001.

Varones	65-74	75-84	85+
<i>Personas que viven en familia sin núcleo, de los cuales:</i>	12.9	18.7	32.2
En familias unipersonales	10.6	16.0	27.7
Con otras personas	2.3	2.7	4.2
<i>Persona que viven en familia con núcleo, de los cuales:</i>	87.1	81.3	68.1
En pareja con los hijos, como padres	28.8	13.3	7.0
En pareja sin hijos, como cónyuges conviviendo	53.8	62.0	47.3
En núcleo monoparental como padres	2.7	3.0	5.0
Otros (hijo, otro pariente, otro)	2.1	3.0	8.7
<i>N (en millones)</i>	(2.639)	(1.341)	(357)
Mujeres			
<i>Personas que viven en familia sin núcleo, de los cuales:</i>	31.6	53.0	61.6
En familias unipersonales	27.2	46.4	52.0
Con otras personas	4.5	6.6	9.6
<i>Persona que viven en familia con núcleo, de los cuales:</i>	68.4	47.0	38.4
En pareja con los hijos, como padres	13.8	3.6	0.8
En pareja sin hijos, como cónyuges conviviendo	41.2	25.4	7.2
En núcleo monoparental como padres	9.0	8.7	10.3
Otros (hijo, otro pariente, otro)	4.3	9.3	20.2
<i>Total (en millones)</i>	(3.189)	(2.103)	(794)

FUENTE: Censos de Población, ISTAT, 2001 en el Ministero del Lavoro, 2005.

no casados. Entre los ancianos “más viejos”, aquellos con más de 85 años, las mujeres suelen vivir casi siempre solas y los hombres con sus respectivas esposas, lo cual se explica por el mayor grado de supervivencia de las primeras y la edad al matrimonio más alta de los segundos.

Confrontados los resultados del Censo de 1951 y de 2001, se aprecia el descenso operado en los viudos/as con más de 65 años, y viceversa, un aumento de los casados, en especial entre los varones, mientras que la cuota de solteros y solteras en lo substancial permanece estable.

El análisis de las mencionadas tipologías familiares de residencia por áreas geográficas muestra que en el norte prevalecen los ancianos que viven solos respecto a lo ocurrido en el centro y sur del país. Por el contrario, en las regiones más meridionales de la península italiana predominan los viejos residiendo con su cónyuge e hijos. Estas diferencias territoriales son todavía reducidas respecto al pasado reciente, tal y como se desprende de la comparación de los datos de la encuesta *Multiscopo* realizada en 1983 por el ISTAT (Pinnelli e Golini, 1993) y los obtenidos a partir del manejo del Censo de Población de 1991 (Golini et al., 1997), lo cual es a su vez señal de la progresiva uniformización de los comportamientos que se va dando en el país.

Quizás la cohabitación del anciano con los hijos casados está menos difundida hoy que en el pasado, pero los lazos familiares entre ellos permanecen fuertes: los hijos son un recurso con el que unos padres ya viejos pueden contar, sea desde el punto de vista relacional sea como soporte para afrontar las exigencias de la vida cotidiana. Por ejemplo, el 50% de los italianos ve a sus padres no corresidentes todos los días y solo un 12% menos de una vez a la semana; un 72% cena con ellos en Navidad y el 55% de las mujeres casadas mantiene una estrecha relación con sus madres ancianas (La Mendola, 1992, 2004a; Ministero del Lavoro, 2005). Estas impresiones estadísticas han sido confirmadas por una reciente encuesta realizada en el año 2004 por la *Agenzia per i Servizi Sanitari Regionali* (ASSR), la cual además ha sacado a la luz que en caso de necesidad la principal fuente de ayuda para los viejos son sus hijos (75%) u otros parientes (21%). En cambio, rara vez reciben ayuda de los vecinos de su misma casa (4%) o de los servicios sociales y/o sanitarios territoriales (1%) (Censis y ASSR, 2004).

A diferencia de muchos otros países desarrollados, pero a semejanza de lo que ocurre en el resto de la Europa meridional, en Italia son pocos los viejos que viven en hospicios y casas de acogida. Según el censo del año 2001 lo hacía el 2.2% de los que tenían entre 75 y 84 años y solo el 7.2% de quienes habían superado los 85. Unos porcentajes han permanecido casi estacionarios desde los años cincuenta del siglo XX, a pesar de las radicales transformaciones que en las últimas décadas ha experimentado el tejido social italiano (Rosina e Tomassini, 2002). Algo que, en lo básico, ha sido posible gracias al interés mostrado por muchos gobiernos regionales italianos, los cuales a partir de los años setenta pusieron en marcha distintos programas de asistencia domiciliaria (Facchini e Scortegnana, 1994). El recurso al asilo está estrechamente ligado pues al esta-

do de necesidad económico, individual o familiar, de aquellos viejos que no pueden permitirse el pago de un alquiler, cuyas familias no están en condiciones de mantenerlo en casa o cuyas condiciones de salud que no hacen posible la materialización de ninguna de las dos situaciones anteriores (Bonarini, 2002). Es más, la entrada en uno de estos asilos rara vez es fruto de una libre elección, y sí en cambio una coerción ejercida por la familia o la fuerza de las circunstancias, teniendo además un fuerte impacto sobre la mortalidad que afecta a los residentes (Giori, 1984). En otro orden de cosas, no se puede por menos que señalarse que ese bajo porcentaje de viejos ingresados en las instituciones asistenciales está ligado a su vez al relativo éxito que ha conocido el fenómeno de las *badanti*, sobre todo en las regiones del norte. Estas *badanti* son mujeres extranjeras, procedentes sobre todo de la Europa del Este, que conviven con las personas mayores enfermas atendiéndolas, sustituyendo en esto a los hijos, sin por ello llegar a asumir su rol (Dalla Zuanna, 2005).

Refiriéndonos con brevedad al estado de salud de los ancianos italianos, las encuestas periódicas del ISTAT revelan que es bastante bueno y que ha mejorado mucho en las últimas décadas, gracias sobre todo a los progresos de la medicina (Golini et al., 1997), si bien dicha mejora se limita todavía a la primera parte de la ancianidad, es decir, al período comprendido entre los 65 y los 74 años (Pinnelli, 1993; Clerici, 2002).

Por otra parte, en la Italia actual los viejos pueden llegar a constituir un verdadero recurso, un apoyo, para el contexto familiar. Al respecto, dos serían los casos más representativos. Primero, a través del sustento doméstico dado por los abuelos a los hogares con hijos pequeños, al atender a los nietos mientras la madre trabaja. Es esta una ayuda muy importante en un país donde la red de guarderías está poco desarrollada y donde por regla general la ayuda del Estado a las familias es limitada. Además, los abuelos son una fuente de soporte afectivo, de sabiduría y experiencia para sus nietos, quienes por esta vía acceden a facetas de la memoria familiar y social les ofrece referencias validas para el desarrollo de su vida futura (Golini et al., 1997). Lo confirma la encuesta *Multiscopo* del ISTAT realizada en el año 1998, la cual ha venido a mostrar que el 71% de los abuelos ve a sus nietos al menos una vez a la semana, que en 45% de los mayores de 65 años vive a una distancia de ellos inferior a un kilómetro y que un 25% reside en su misma localidad. Frente a esto, solo un 19% de los abuelos y un 13% de las abuelas italianas no se ocupan nunca de sus propios nietos. De todo ello se concluye que los lazos entre las distintas generaciones que conforman la sociedad italiana actual son fuertes y estrechos. El segundo caso representativo es cuando los ancianos ayudan económicamente a los hijos adultos que no son todavía capaces de mantenerse por si solos (Dalla Zuanna, 2005; La Mendola, 1992).

Pero el rápido incremento experimentado por el número de ancianos en la sociedad a lo largo de las últimas décadas también ofrece aspectos negativos (cfr. Tabla 2). A continuación expondremos alguno de ellos, sea de los que se refieren al plano individual sea al colectivo.

A nivel individual, el alargamiento de la esperanza de vida no ha supuesto una mejora en la condición del anciano, ya que por ejemplo ésta no implica de por sí el disfrute de una vida más plena, mayores ocasiones para la vida social o relaciones más intensas con los otros (Golini, 1997; Laffi, 1996). Valorando dicha condición, cerca de un tercio de los mayores de 65 años declara no ser feliz con ella. Este promedio crece a medida que se incrementa la edad de la persona, visto que del 31% de quienes afirman esto entre los 65-69 años, se pasa al 46% de los que lo hacen teniendo ya más de 85. Los miedos más difundidos entre los viejos son, en orden decreciente, la pérdida de autonomía personal, la de una persona querida, la soledad y su situación material; una preocupación esta última ligada a su vez a la pérdida de independencia (física y económica) y de contacto con el mundo exterior (Censis y ASSR, 2004). Confirma estos datos el hecho de que la mitad de los italianos que viven solos tengan más de 65 años, siendo mujeres en la mayor parte de los casos encuestados, con picos porcentuales más altos a su favor en las áreas metropolitanas y en los pequeños centros urbanos. Por lo demás, la mayor parte de las personas ancianas que respondieron a la encuesta del ISTAT del año 2002, afirmaba no tener amigos, o en caso de tenerlos no verlos casi nunca, lo cual ocurría en particular entre quienes habían superado la barrera de los 85 años, si bien había porcentajes significativos de individuos entre los 75 y los 84 que también insistían en lo mismo (Ministero del Lavoro, 2005). De igual manera, la participación en actividades tales como ir al teatro, al cine, visitar museos o monumentos o colaborar en asociaciones culturales y de voluntariado, tiende a reducirse con el paso de los años. Es más, la asistencia a los actos religiosos, los cuales para muchas personas mayores constituyen una ocasión importante de su vida social, tiende asimismo a reducirse con el envejecimiento: si casi la mitad de los individuos que tienen entre 65 y 84 años acuden a misa al menos una vez a la semana, solo lo hacen un tercio de quienes superan los 85 años. En definitiva, ese alargamiento de la vida al que aludíamos al inicio de este párrafo parece haber desembocado en la práctica en una drástica reducción de las relaciones entre el anciano y el mundo exterior, siendo en ocasiones una vía para su aislamiento y la soledad⁹. Prueba de ello es que la única compañía que muchos de ellos tienen a menudo en el interior de sus casas es la televisión, la cual es vista al menos una vez al día por el 96% de quienes tienen entre 65 y 74 años, el 95% de los que se mueven entre los 75-84 años y el 88% de aquellos que superan los 85 años; unos porcentajes en todo caso superiores a los de la media nacional italiana, como superior es el número de horas que pasan sentados delante del aparato. Y aunque la relación de los viejos con las nuevas tecnologías es proble-

9 No se deben descuidar tampoco los efectos del ingreso en la Tercera Edad de nuevas generaciones de ancianos, con características bien diferentes a las de aquellos que les habían precedido, para quienes, en realidad, desde este punto de vista, el cuadro del anciano en Italia sigue en continua evolución. Por ejemplo, el hábito de marcharse de vacaciones se está difundiendo entre los ancianos y no solo entre los individuos pertenecientes a los sectores medio-altos, tanto que el 23% de los viejos entre 75 y 84 años y el 15% de los que superan los 85 lo hace al menos una vez al año (Ministero del Lavoro, 2005).

mático, sobre todo para quienes viven solos con sus respectivas parejas, curiosamente todos ellos han mostrado una cierta propensión al empleo de los teléfonos móviles, el cual, en una de cada tres ocasiones, aparece en sus vidas como fruto de un regalo realizado por sus hijos o nietos, que de este modo se sienten tranquilos al poder escuchar en cualquier momento a la persona anciana. Menor en este sentido es uso que realizan del ordenador o Internet (Ministero del Lavoro, 2005).

A un nivel colectivo, la jubilación y el ingreso en la Tercera Edad determina una notable modificación de los comportamientos económicos de las personas en esta situación. La reducción de los ingresos a causa del fin de la vida laboral origina en ellas una sensible disminución del consumo en general, más acusada si cabe en el caso de las mujeres, y una mayor preocupación por todo lo relativo al consumo alimentario en particular (Cantalini e Righi, 1993). Al respecto, la condición social de los ancianos italianos va a menudo asociada a una mayor cuota de familias sometidas al yugo de la pobreza. Como revelan los estudios del Banco de Italia, los ingresos de un hogar con un jefe mayor de los 65 años son un 25% inferiores a la media, y en su caso, familias que frecuentemente se mueven entre aquellas caracterizadas por poseer una renta baja, de entre 5.000 y 12.500 euros anuales. Ya la encuesta del ISTAT de 1985 revelaba que los agregados domésticos cuya cabeza superaba los 65 años tenían un consumo más bajo respecto a la media, mientras que la tendencia de fondo que diseñan las encuestas realizadas a lo largo de estos últimos años en este sentido se hacen eco de un aumento experimentado por la capacidad de consumo de los ancianos vinculada al cambio de las características socioeconómicas que definen a las nuevas generaciones llegadas a la Tercera Edad (Agustoni, 1996). Así, si en 1989 el 90% de los ingresos de los mayores de 65 años derivaba de las pensiones, en el 2002 este porcentaje había caído al 85% debido a que un 5% de ellos habían decidido seguir activos laboralmente (Cantalini e Righi, 1993; Ministero del Lavoro, 2005).

Para el conjunto de la sociedad el envejecimiento de las estructuras familiares, consecuencia directa del de la población, comporta una extensión de la dimensión vertical de la familia, (al promover un aumento del número de generaciones que coexisten juntas a un tiempo), mientras que su coincidencia con la caída de la natalidad origina en cambio la reducción de su horizontalidad, al limitar la aparición en ella de hermanos y primos¹⁰. Este proceso, junto con el alargamiento de la vida media de las personas mayores, implica para esa misma sociedad la necesidad de asegurarles una existencia digna por un período que cada vez va a ser más largo, justo en un momento en el cual los hijos son cada vez menos numerosos (Golini, 1988).

El aumento del porcentaje de ancianos, en particular de aquellos con edades avanzadas, ha supuesto asimismo una radical transformación de la estructura y de la organización de la sociedad italiana. En los últimos años ha promovido el nacimiento,

10 Cfr. Barbagli et al. (2003) cap. 4, para algunas proyecciones del número de parientes por anciano por cohortes que entran en la Tercera Edad en los próximos decenios.

por ejemplo, de fórmulas destinadas a la asistencia residencial, de instituciones como el llamado *day-hospital* para personas no autosuficientes, de centros de rehabilitación post-traumáticos o de grupos de geriatría en los hospitales gestionados por personal médico especializado. No en vano las condiciones de salud y ese grado de autosuficiencia al que acabamos de aludir son parte de los elementos que condicionan la calidad de vida del anciano, constituyendo además uno de los parámetros tenidos en cuenta en la programación de la asistencia sociosanitaria. Señal de esta nueva atención al anciano son las líneas de asistencia sanitaria definidas por cada una de las Regiones aparecidas tras la reforma constitucional del año 2001, y merced a la cual se les ha devuelto por parte del Estado las competencias sobre Política Social. Ha sido así que todas ellas han dedicado uno o más de sus objetivos prioritarios a la consecución del bienestar de esta población, caso, por ejemplo, de la prevención, de la asistencia a domicilio o del apoyo a las familias con personas mayores dependientes (Ministero del Lavoro, 2005). Todavía el hecho de que apenas un 1% de los ancianos haya declarado dirigirse a uno de los servicios sociales en caso de necesidad urgente revela, por un lado, la fuerza que aun posee la familia italiana en este terreno, y por otro, la debilidad de tales servicios, la cual por otra parte parece ser una de las características típicas de los regímenes de bienestar imperantes en los países mediterráneos (Esping-Andersen, 1999).

Otra consecuencia derivada del reciente envejecimiento de la población es el de la fuerza de trabajo. Un problema común a todos los países desarrollados, donde el crecimiento del número de jubilados por cada trabajador activo se prevé que será de tal magnitud que parece hacer difícilmente sostenible el actual sistema de pensiones por las generaciones que están entrando en el mundo del trabajo (Ministero del Lavoro, 2002). Por esta razón, y para remediarlo, es que se habla hoy en Italia del alargamiento de la vida laboral, no solo pensando en aumentar la edad media a la cual se debería percibir una pensión, sino también favoreciendo un paso gradual del empleo *full time* a la jubilación *full time*, modificando para ello el umbral a partir del cual se llega a la misma (cfr. Golini, 1997). Esto ha hecho de los ancianos italianos mayores de 65 años todavía activos un subgrupo particular, formado por empresarios, comerciantes, trabajadores autónomos y miembros de las profesionales liberales. Entre las mujeres en cambio, si bien es cierto que las jubiladas son la mayoría, existe en ellas un porcentaje respetable de amas de casa, cercano al 30% en el Mezzogiorno, ligado a la tradicional impostación de la familia italiana, en la cual la mujer ha desempeñado un papel en el trabajo doméstico y de atención a los suyos que no cesa con su ingreso en la Tercera Edad (cfr. Ministero del Lavoro, 2005).

5. CONCLUSIONES

El envejecimiento de la población, común a todos los países desarrollados, se ha caracterizado en Italia por ciertas especificidades que hemos tratado de poner en eviden-

cia en estas páginas. La primera de ellas ha sido la constituida por el papel jugado por la familia en la asistencia prestada al anciano, tal y como ocurría por ejemplo durante el antiguo régimen demográfico, al punto de haberse creado hoy en la península un *sistema de welfare familiar* (Tomassini et al., 2003), en el cual las atenciones se demandan a los hijos mientras que el papel del Estado es en este punto es muy reducido (Facchini e Scortegnana, 1994). Una segunda especificidad es la extrema variabilidad territorial que ha conocido el proceso de envejecimiento en el curso del último siglo, con fuertes diferencias en su intensidad y velocidad, no solo a nivel regional, sino también local (Golini et al., 2001). El carácter de esta última especificidad solo se atenúa levemente en el tiempo, siendo Italia un caso de notable interés para todos los estudiosos de la cuestión (Tomassini et al., 2004), en particular a la vista de la respuesta sociofamiliar dada al mencionado proceso de envejecimiento poblacional.

A nivel individual la condición del anciano han cambiado de una manera radical en las tres últimas centurias. Su vida media se ha incrementado, por lo que quienes han llegado a los 75 años tienen todavía unos 10 años más de vida, de lo que se desprende que los italianos son uno de los pueblos más longevos del mundo. También se han mejorado las condiciones físicas de la población anciana, lo cual ha contribuido a prolongar su vida activa, al punto de haberse modificado el umbral mismo de entrada en la vejez. De hecho, unas condiciones de vida satisfactorias para los integrantes de la Tercera Edad ya no son patrimonio exclusivo de unos pocos ricos y privilegiados, gracias en buena medida al nacimiento del sistema de pensiones y a la generalización de las jubilaciones.

Como se muestra en el volumen publicado en el 2001 por el *Istituto di Ricerche sulla Popolazione del CNR*, titulado *La vecchiaia può attendere*, los ancianos de hoy son muy diferentes de aquellos que había en los inicios del siglo XX: ha desaparecido la figura del viejo cabeza de familia cuya autoridad era indiscutida, como también la de aquella persona mayor que se limitaba a malvivir de la caridad, de las instituciones públicas o de los parientes y allegados. Frente a esto, ha emergido una nueva imagen del anciano: activo, nuevo, participativo, semejante en su comportamiento al de los que viven en la Europa nordoccidental. Una transformación real, es cierto, pero que tampoco cabe generalizar, ya que el número de viejos considerados “marginales”, excluidos de este proceso que acabamos de describir, no es despreciable, en particular entre los residentes en el Sur del país y en las grandes ciudades, quienes además suelen ser menos instruidos y con un menor nivel de ingresos que el resto (Costa et al., 2006). En su caso, es notoria su debilidad física y psicológica cuanto más solos están, sus malas condiciones de salud y su limitado acceso a los servicios sociales y sanitarios. Por esta razón, por ejemplo, es que entre ellos la mortalidad ha sido más durante el caluroso verano del año 2003.

En un país como Italia, proclive a un rapidísimo envejecimiento, (de hecho, se prevé la existencia en el 2020 de 176 ancianos por cada 100 jóvenes entre 0 y 14 años, y de 259 para el 2040), se han puesto en marcha nuevas políticas para el sustento de los ancianos, sobre todo de los “marginales”, a través de una reprogramación de la estructu-

ra de la sociedad. Y esto, porque como se ha visto, su bienestar está estrechamente ligado al contexto familiar en el cual están insertos, lo que ha llevado a las autoridades a repensar la asistencia y el apoyo dado a las familias con ancianos. Algo que parece que pasa por evitar la institucionalización de dicha asistencia y por favorecer la permanencia en el propio domicilio. De ahí que para conseguir una mejor calidad de vida para ellos se considere esencial que se potencie el papel de la medicina preventiva (Ministero del Lavoro, 2005). De igual modo que se proyectan mejoras en el transporte o la supresión de las barreras arquitectónicas que podían afectar a su vida cotidiana. Una serie de preocupaciones que nos remiten a la reciente valorización social del papel que los viejos deben desempeñar en la sociedad italiana (Golini, 1997; Golini et al., 1997).

Bibliografía

- Agustoni A. (1996), “Bisogni e consumi culturali dell’anziano e del giovane anziano”, en L. Mauri, L. Breveglieri, ed., *Vivere l’età anziana*, Milano, Franco Angeli, pp. 153-179.
- Aleati G. (1957), *La popolazione di Pavia durante il dominio spagnolo*, Milano, Giuffrè.
- Armani B. (1997), “Mobilità socio-professionale e scelte matrimoniali dei negozianti lucchesi nel secondo ottocento”, en Società Italiana di Demografia Storica, ed., *Disuguaglianze e mobilità sociale nelle popolazioni italiane (dal secolo XIV agli inizi del secolo XX)*, Bologna, Clueb, pp. 31-49
- Barbagli M., Castiglioni M., Dalla Zuanna G. (2003), *Fare famiglia in Italia: un secolo di cambiamenti*, Bologna, Il Mulino.
- Belletini A. (1980), “L’evoluzione demografica dell’Italia nel quadro europeo del Settecento”, en Società Italiana di Demografia Storica, ed., *La popolazione italiana nel Settecento*, Bologna, Clueb, pp. 23-70.
- Beltrami D. (1954), *Storia della popolazione di Venezia dalla fine del secolo XVI alla caduta della Repubblica*, Padova, Cedam.
- Benigno F. (1992), “Per un’analisi del gruppo coresidente nella Sicilia moderna: il caso di Noto del 1647”, en G. Da Molin, ed., *La famiglia ieri e oggi. Trasformazioni demografiche e sociali dal XV al XX secolo*, Bari, Cacucci, pp. 187-203.
- Bertino S., Sonnino E. (2004), “The Stochastic inverse projection”, en E. Barbi, S. Bertino, E. Sonnino, ed., *Inverse projection techniques*. Berlin, Springer, pp. 39-72.

- Bois J.P. (1998), “Les structures démographiques”, en J.P. Bardet, J. Dupâquier, ed., *Historie des populations de l'Europe, vol. II – La révolution démographique (1750-1914)*, Paris, Fayard, pp. 161-166.
- Bonarini F. (2002), “Anziani nelle case di riposo”, *Polis*, 16, 2, pp. 175-195
- Buccianti C., Corsini C. A. (1992), “La famiglia toscana alla metà dell'Ottocento: dimensione demografica e spazio economico”, en G. Da Molin, ed., *La famiglia ieri e oggi. Trasformazioni demografiche e sociali dal XV al XX secolo*, Bari, Cacucci, pp. 299-324.
- Bulgarelli Lukacs A. (1997), “I contadini nella crisi. Ciclo di vita e mobilità sul territorio a Pisignano (Lecce) nel corso del XVII secolo”, en Società Italiana di Demografia Storica, ed., *Disuguaglianze e mobilità sociale nelle popolazioni italiane (dal secolo XIV agli inizi del secolo XX)*, Bologna, Clueb, pp. 753-778.
- Bussini O. (1986), *Camerino tra XVI e XIX secolo*, Camerino, Jovene.
- Cantalini B., Bonaguidi A. (1993), “Population distribution and migration”, en A. Pinnelli, A. Golini, ed., *Population ageing in Italy*, Malta, International Institute on Ageing of United Nations, pp. 56-62.
- , Righi A. (1993), “The social and economic characteristics of the elderly”, en A. Pinnelli, A. Golini, ed., *Population ageing in Italy*, Malta, International Institute on Ageing of United Nations, pp. 86-99.
- , Lori A., Righi A. (1988), “Invecchiamento della popolazione”, en Consiglio Nazionale delle Ricerche – Istituto di Ricerche sulla Popolazione, ed., *Secondo rapporto sulla situazione demografica italiana*, pp. 177-184.
- Carle L. (1997), “Le carriere indispensabili percorsi familiari e individuali di cittadini montalcinesi dal XVI al XVIII secolo”, en Società Italiana di Demografia Storica, ed., *Disuguaglianze e mobilità sociale nelle popolazioni italiane (dal secolo XIV agli inizi del secolo XX)*, Bologna, Clueb, pp. 453- 481.
- Censis & ASSR. (2004), *Gli anziani e la salute*, Roma, Censis.
- Collomp A. (1987), “Famiglie, abitazioni e coabitazioni”, en P. Aries, R. Chartier, *La vita privata dal Rinascimento all'Illuminismo*, Laterza, Bari, pp. 393-425.
- Clerici R. (2002), “Forme familiari della popolazione anziana nell'Italia di fine millennio”, en F. Onagro, ed., *In famiglia o in istituto*, Milano, Franco Angeli, pp. 29-51.
- Costa G., Vannoni F., Spadea T. (2006), “Health inequalities among elderly people”, en *Atti della XLIII Riunione Scientifica della Società di Statistica*, Cleup, Padova, pp. 145-156.
- Da Molin G. (1992), “Struttura della famiglia e personale di servizio nell'Italia meridionale”, en M. Barbagli, D. I. Kertzer, ed., *Storia della famiglia in Italia*, Bologna, Il Mulino, pp. 219-252.

- Dalla Zuanna G. (2005), “Una nuova primavera demografica”, *Il Mulino*, 6, pp. 1061-1071.
- , Impicciatore R., Michielin F. (2005), “Le seconde generazioni in Italia: una nuova vecchia storia”, en M. Livi Bacci, *L’incidenza economica dell’immigrazione*, Torino, Giappichelli, pp. 57-86.
- De Beauvoir S. (1971), *La terza età*, Torino, Einaudi.
- De Lille G. (1988), *Famiglia e proprietà nel Regno di Napoli, XV – XIX secolo*, Torino, Einaudi.
- Del Panta L. (1996), “Dalla metà del settecento ai giorni nostri”, en L. Del Panta, M. Livi Bacci, G. Pinto, E. Sonnino, ed., *La popolazione italiana dal medioevo a oggi*, Bari, Laterza, pp. 131-212.
- (1998), “L’Italie”, en J.P. Bardet, J. Dupâquier, *Historie des populations de l’Europe, vol. II – La révolution démographique (1750-1914)*, Paris, Fayard, pp. 513 - 532.
- De Santis G. (2000), “Le vicende demografiche di Militello nel XVIII secolo ricostruite attraverso tre stati delle anime”, en M. Breschi, G. De Santis, ed., *Militello Val di Catania*, Udine, Forum, pp. 87-116.
- Di Maggio V. (1995), *Le confraternite laiche nella Contea di Mascali: profilo storico-giuridico e sociologico*, Riposto, Arciconfraternita del SS. Crocifisso.
- Esping-Andersen G. (1999), *Social foundations of postindustrial economies*, Oxford, Oxford University Press.
- Facchini C., Scortegnana R. (1994), “Italia: alternative alla istituzionalizzazione e ruolo centrale delle donne”, en F. Lesemann, C. Martin, *Assistenza a domicilio, famiglia e anziani*, Milano, Franco Angeli, pp. 33-69.
- Faron O., Reggiani F. (1992), “La famiglia fra controllo amministrativo e organizzazione dell’ambiente urbano (Milano, XIX secolo)”, en G. Da Molin, ed., *La famiglia ieri e oggi. Trasformazioni demografiche e sociali dal XV al XX secolo*, Bari, Cacucci, pp. 271-282.
- Fazio I. (1997), “«Essendo la medesima assoluta padrona di disporre infino la sua vita a di lei beneplacito» – Famiglie e successioni dei ceti subalterni rurali (Sicilia, Capizzi, anni ’20 dell’ottocento)”, en Società Italiana di Demografia Storica, ed., *Disuguaglianze e mobilità sociale nelle popolazioni italiane (dal secolo XIV agli inizi del secolo XX)*, Bologna, Clueb, pp. 575-592.
- Gesano G. (1995), “Mobilità e strutture demografiche”, en Società Italiana di Statistica, ed., *Continuità e discontinuità nei processi demografici. L’Italia nella transizione demografica*, Soveria Manelli, Rubettino, pp. 145-162.
- Giori G. (1984), *Vecchiaia e società*, Bologna, Il Mulino.

- Golini A. (1988), *La Popolazione italiana. Una visione d'insieme*, Roma, Edizioni IRP-CNR.
- (1992), “Demografia della famiglia in Italia in epoca contemporanea”, en G. Da Molin, ed., *La famiglia ieri e oggi. Trasformazioni demografiche e sociali dal XV al XX secolo*, Bari, Cacucci, pp. 5-48.
- (1997), “Demographic trends and ageing in Europe. Prospects, problems and policies”, *Genus*, LIII, pp. 33-74.
- , Bruno P., Calvani P. (1997), *Aspetti e problemi dell'invecchiamento della popolazione*, Roma, Edizioni IRP-CNR.
- , Lauricella A. (1993), “Demographic trends and ageing prospects”, en A. Pinnelli, A. Golini, *Population ageing in Italy*, Malta, International Institute on Ageing of United Nations, pp. 43-55.
- (2001), Mussino A., Savioli M., *Il malessere demografico in Italia*, Bologna, Il Mulino.
- Istituto di Ricerche sulla Popolazione (2001), *La vecchiaia può attendere*, Roma, Edizioni IRP-CNR.
- ISTAT – Istituto Nazionale di Statistica (2004), *L'Italia in cifre 2005*, Roma, ISTAT.
- ISTAT – Istituto Nazionale di Statistica, *Popolazione residente al 1° gennaio 2005*, <http://demo.istat.it>, reperita il 1/7/2006.
- Kertzer D.I., Karweit N. I. (1995), “The impact of widowhood in 19th century Italy”, en D.I. Kertzer, P. Laslett, *Ageing in the past: Demography, society and old age*, Berkeley, University of California Press, pp. 229-248.
- La Mendola S. (1992), *Gente Comune. La famiglia coniugale in Veneto*, Venezia, Fondazione Corazzin editrice.
- (2004 a), “Relazioni familiari”, en G. Dalla Zuanna, A. Rosina, F. Rossi, ed., *Il Veneto. Storia della popolazione dalla caduta di Venezia a oggi*, Venezia, Marsilio, pp. 143-176.
- (2004 b), “Strutture familiari”, en G. Dalla Zuanna, A. Rosina, F. Rossi, ed., *Il Veneto. Storia della popolazione dalla caduta di Venezia a oggi*, Venezia, Marsilio, pp. 119-141.
- Laffi S. (1996), “Socializzazione, partecipazione, uso del tempo”, en L. Mauri, L. Breveglieri, *Vivere l'età anziana*, Franco Angeli, Milano, pp. 129-152.
- Ligresti D. (2002), *Dinamiche demografiche nella Sicilia moderna*, Milano, Franco Angeli.
- Martin-Fugier A. (1988), “I riti della vita privata nella borghesia”, en M. Pierrot, ed., *La vita privata nell'Ottocento*, Laterza, Bari, pp. 149-209.

- Martini M. (1997), “Variazioni dei tragitti migratori, mobilità professionale e strutture familiari nelle montagne dell’Appennino piacentino (XIX – inizio XX secolo)”, en Società Italiana di Demografia Storica, ed., *Disuguaglianze e mobilità sociale nelle popolazioni italiane (dal secolo XIV agli inizi del secolo XX)*, Bologna, Clueb, pp. 213-243.
- Ministero del Lavoro e delle Politiche Sociali (2002), *Rapporto Biennale al Parlamento sulla condizione dell’anziano – anni 2000-2001*, Roma, Tipografia del Senato.
- Ministero del Lavoro e delle Politiche Sociali (2005), *Rapporto Biennale al Parlamento sulla condizione dell’anziano – anni 2002-2003*, Roma, Stabilimenti Tipografici Carlo Colombo.
- Navarra E., Gatti C. (1997), “Strategie economiche e successioni ereditarie nella comunità ebraica triestina tra ‘700 e ‘800”, en Società Italiana di Demografia Storica, ed., *Disuguaglianze e mobilità sociale nelle popolazioni italiane (dal secolo XIV agli inizi del secolo XX)*, Bologna, Clueb, pp. 593-613.
- Oppo A., (1992) “«Dove non c’è donna non c’è casa»: lineamenti della famiglia agropastorale in Sardegna”, en M. Barbagli, D. I. Kertzer, ed., *Storia della famiglia in Italia*, Bologna, Il Mulino, pp. 191-218.
- Palazzi M. (1992), “Solitudini femminili e patrignaggio. Nubili e vedove fra Sette e Ottocento”, en M. Barbagli, D. I. Kertzer, ed., *Storia della famiglia in Italia*, Bologna, Il Mulino, pp. 129-158.
- Pazzagli R. (1997), “Declino e ascesa sociale in due centri toscani: Buggiano e Borgo a Buggiano nei secoli XVII-XIX”, en Società Italiana di Demografia Storica, ed., *Disuguaglianze e mobilità sociale nelle popolazioni italiane (dal secolo XIV agli inizi del secolo XX)*, Bologna, Clueb, pp. 377-412.
- Pinnelli A., Golini A., ed. (1993), *Population ageing in Italy*, Malta, International Institute on Ageing of United Nations.
- (1993), “Introduction”, en A. Pinnelli, A. Golini, ed., *Population ageing in Italy*, Malta, International Institute on Ageing of United Nations, pp. 16-24.
- Raggio O. (1997), “Tra norme e pratiche: la costruzione della solidarietà gerarchica attraverso la trasmissione della proprietà (Liguria orientale, XVII secolo)”, en Società Italiana di Demografia Storica, ed., *Disuguaglianze e mobilità sociale nelle popolazioni italiane (dal secolo XIV agli inizi del secolo XX)*, Bologna, Clueb, pp. 640-650.
- Reher D. S. (2004), “Family ties in Western Europe: persistent contrasts”, en G. Dalla Zuanna and G. A. Micheli, ed., *Strong family and low fertility: a paradox?*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, pp. 45-76.

- Rossi F. (1999), "La storia della popolazione di Adria dal XVI secolo al XIX secolo", en F. Rossi, A. Rosina, ed., *La popolazione di Adria dal taglio di Porto Viro alla bonifica Padano-Polesana (XVI-XIX secolo)*, Padova, Cleup, pp. 41-138.
- Rosina A., Tomassini C. (2002), "Umberto D. e gli altri. Il contesto relazionale degli anziani soli o in coppia", en F. Onagro, ed., *In famiglia o in istituto*, Milano, Franco Angeli, pp. 73-88.
- Sinisi A. (1992), "Strutture e rapporti familiari in un comune della Basilicata fra Ottocento e Novecento", en G. Da Molin, ed., *La famiglia ieri e oggi. Trasformazioni demografiche e sociali dal XV al XX secolo*, Bari, Cacucci, pp. 339-365.
- Soliani L., Anello A. (1992), "Dinamiche delle strutture familiari nel parmense durante il settecento", en G. Da Molin, ed., *La famiglia ieri e oggi. Trasformazioni demografiche e sociali dal XV al XX secolo*, Bari, Cacucci, pp. 205-226.
- Sonnino E. (1996), "L'età moderna (secoli XVI-XVIII)", en L. Del Panta, M. Livi Bacci, G. Pinto, E. Sonnino, ed., *La popolazione italiana dal medioevo a oggi*, Bari, Laterza, pp. 73-130.
- Tomassini C., Wolf D., Rosina A. (2003), "Parental housing assistance and parent-child proximity in Italy", *Journal of Marriage and Family*, 65, pp.700-715.
- , Glaser K., Wolf D., Broese van Groenou M., Grundy E., "Living arrangement among older people: an overview of trends in Europe and in the USA", *Population Trends*, 115, pp. 24-34.